

Guayaquil, 11 de Obre de 1926.

M. Sr. Dr. D.

Remigio Romero Rosin.

Quenca.

Papacito mio:

Oh la molesta convalecencia de la gripe que me atacó, hay que sumar contrariedades, injusticias, obstáculos casi insuperables, en fin, la mar de pequeñas grandes mortificaciones, para sacar en limpio la crisis porque atraveso, en los precisos momentos en que me parecia más fácil la victoria... El estado económico de este puerto es desesperante. Las gentes se mueren, literalmente, de hambre. Todo negocio, toda actividad, se paraliza. Dios sabe hasta cuando... Y, naturalmente, me toca, de lleno, una gran parte del desastre.

El hombre que tenia como agente, por poco me compromete; y tuve que despacharlo, antes de verme en un berengenal. Estoy, por el momento, solo. Aunque me parezca mejor que siempre debo estar así; pues mi fe en los hombres va muriendo lentamente, mientras más a ellos me acerco... Todavía no hallo sino canallas, traidores, mentirosos... Y una profunda decepcion invade mi pobre espíritu... Este pobre espíritu tan digno de mejor suerte...

El invierno está a las puertas... Se vislumbra el calor que afligirá, que emborbuca... En Jajaya con

labidas comienzan a aparecer.. Todo esto, en medio del pau-
perismo más general... No se, por lo que a mí respecta, lo
que traja en el invierno, donde desaparece la clientela
hasta para abogados del todo conocidos.. Del Gobierno
nada puedo esperar, ni nada quiero esperar.. Si fuera
solo, acaso dejará el Ecuador; pero... ya ve Ud. la situa-
ción en que estoy colocado...

Dejemos, a un lado, estas cosas desagradables.
Maruja y la Cojita le saludan con el santo querer de
hijos; con el santo y puro amor que por Ud. sienten.
Ildefonso, Angelita, lo mismo que ellas... Y ya, por
entre todos, y con más intensidad que todos juntos.
Suyo con todo el alma
Remigio.